
GUERRA Y PAZ EN EL MUNDO NUCLEAR

Carlos Alonso Zaldívar



4

La paz, en mi opinión, no es sólo la ausencia de guerra, es decir, de violencia física en gran escala. Vivimos en un mundo en el que existen, al menos, otras dos formas de violencia que considero difícilmente compatibles con la paz. Se trata de la violencia económica asociada con el subdesarrollo y la dependencia que comporta pobreza, hambre, enfermedades y, a la postre, millones de muertos; y de la violencia política o social que se manifiesta en la vulneración de los derechos de los pueblos y de los derechos humanos. Sin erradicar estas formas de violencia, la paz es, cuando menos, precaria y la guerra latente.

Ahora bien, para mí resultaba muy difícil abordar todas las afirmaciones al tema en el marco de esta ponencia. Mejor dicho, de intentarlo amenazaba con convertirse en un conjunto de lugares comu-

nes sacados de las doctrinas más al uso. Desde luego ésta no era mi intención —entre otras cosas porque cada vez comparto menos la mayoría de esos lugares comunes, los de la derecha y los de la iz-

quierda—, ni me parece que eso pudiera tener interés para ustedes. De aquí que me incliné a concentrar el enfoque de esta intervención.

Los Estados que poseen armamento nuclear proclaman, públicamente, su derecho a emplearlo llegado el caso.

El hecho que me decidió fue leer una mañana de este verano un titular de *El País* que decía: «El 40 por cien de los españoles cree que habrá una guerra mundial y que será iniciada por EE.UU.». No sé que comentarios y reacciones ha producido en España la publicación de esta encuesta. Yo me encontraba entonces en Oslo trabajando en un proyecto de investigación sobre los riesgos de guerra nuclear, y entre mis compañeros de trabajo, de distintos países, produjo auténtica sorpresa. ¿Es cierto este dato?, ¿a qué se debe?, ¿por qué se piensa que la empezarán los EE.UU.? Estas y otras preguntas pueden dar pie a una discusión de gran interés político. Ahora bien, tomado el tema más a fondo y sin intención política previa, surge ante todo otra pregunta: ¿tiene algún fundamento sólido esa preocupación o convicción?

Decidí entonces que mi comunicación a este Congreso trataría de aportar algo a la búsqueda de una respuesta seria a esa pregunta. La ponencia que voy a presentarles trata del funcionamiento y la evolución de los principales factores que condicionan y posibilitan el hecho de que las grandes tensiones existentes en nuestro mundo lleguen o no a manifestarse en forma de guerras a gran escala.

Vuelvo a reconocer que es un enfoque muy limitado. Pero teniendo presente esa encuesta, y sobre todo los tiempos que vivimos, confío en que merezca su interés. Y sin más, entraré en materia.

El régimen nuclear

Los elementos básicos que condicionan y posibilitan el surgimiento de grandes guerras en nuestro mundo creo que se

puede reducir, sin perder lo esencial, a cuatro: 1) el derecho de los Estados a emplear la fuerza; 2) la existencia de una jerarquía militar entre Estados; 3) la disuasión nuclear, y 4) la existencia de una política de distensión.

Vivimos en un mundo completamente organizado en Estados soberanos que poseen el peculiar derecho de recurrir a la amenaza y al empleo de la fuerza para defender sus intereses libremente definidos. Me parece que hay que superar cualquier cota razonable de optimismo para sostener que las iniciativas orientadas a limitar este derecho han logrado hasta el momento resultados sustantivos.

En particular, los Estados que poseen armamento nuclear proclaman públicamente su derecho a emplearlo llegado el caso. Y como sólo los poseedores de estos instrumentos pueden amenazar con el empleo de la violencia nuclear, se establece un primer nivel de jerarquía militar entre Estados nucleares y no nucleares que después se prolonga en una escala de grandes potencias, potencias intermedias, etc.

El tercer factor que he citado es la disuasión nuclear. Más adelante me detendré en su estudio, pero todo el mundo tiene una idea de lo que representa, al menos a través de la imagen del «equilibrio del terror». Lo que sí quiero destacar desde ahora respecto a la disuasión es que «disuadir» significa «amenazar» con el fin de lograr que otro no haga algo no deseado. Dicho de otra forma, «disuadir» no es «persuadir». La esencia de la persuasión reside en la convicción o el estímulo positivo. La esencia de la disuasión es, por el contrario, pura coerción.

El último factor es la distensión, que sin llegar a ser persuasión se acerca a ella. La distensión es una política que trata de debilitar o eliminar las causas de los conflictos y, sobre todo, de impedir que se mani-

fiesten bélicamente. La distensión viene siendo el elemento más inestable de los cuatro que he citado, y ha estado casi ausente durante la mayor parte de la era nuclear. En los años setenta tomó un impulso esperanzador para declinar rápidamente en los primeros ochenta, y hoy presenta un futuro muy incierto pese al respaldo que acaba de recibir en la reciente Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa, clausurada en Madrid.

Desde los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, del uso, el abuso o la no utilización de los citados principios y mecanismos, así como de la eficacia o fallos de su funcionamiento, depende que los numerosos conflictos que cruzan nuestro mundo lleguen a manifestarse o no en términos bélicos generalizados. Su funcionamiento conjunto constituye un especial sistema que controla el empleo de la violencia física a gran escala en nuestro mundo. Yo suelo llamar a este sistema el «régimen nuclear».

Balance de la guerra y de la paz

Funcionando bajo este régimen, el balance de la guerra y de la paz desde que se inició la era nuclear es, a grandes rasgos, el siguiente:

- 1) En treinta y ocho años no se ha producido ninguna guerra nuclear.
- 2) En las áreas de influencia más directa de las dos superpotencias —que incluyen todo el mundo industrializado— no se ha producido ningún tipo de guerra. Tácitamente ambas superpotencias se han concedido luz verde en sus respectivas esferas de influencia y han moderado sus comportamientos para respetar esta regla.
- 3) Fuera del perímetro industrializado las cosas han sido completamente distintas. Inicialmente las viejas potencias colo-

niales, y después las superpotencias, han provocado o manipulado los conflictos, han intervenido constantemente y en muchos casos de manera directa y militar. Las guerras han sido, y son, tónica frecuente.

Científicamente no es posible probar que este balance de guerra y paz sea un resultado de la existencia del régimen nuclear. No sabemos, ni podremos llegar a saber, cómo hubiera sido la historia con otro sistema de control de la violencia física. Pero políticamente es inevitable atribuir al régimen nuclear el balance de la guerra y de la paz en nuestro mundo.

Juzgado desde este punto de vista, el régimen nuclear resulta altamente polémico. Lo ha sido desde su primer día y sigue siéndolo hoy de una manera especialmente aguda. Los argumentos a favor y en contra se han ido sucediendo a lo largo de los años y no es difícil resumir sus líneas fundamentales.

La polémica sobre el régimen nuclear

La defensa del régimen nuclear suele hacerse subrayando que constituye una realidad que ha ido haciéndose en la práctica, a través de aciertos, errores y ajustes, y que ha demostrado ser capaz de superar la prueba del tiempo, sin que se produzca una guerra nuclear y sin que el continente europeo vuelva a ser cuna de grandes guerras. Se insiste en que el régimen nuclear es un mecanismo delicado y que someterlo a cualquier cambio brusco tiene más posibilidades de causar daños que beneficios. Se concluye pues que, como lo que está en juego es demasiado serio para correr riesgos innecesarios, lo mejor que puede hacerse es mantener el régimen nuclear en funcionamiento. Si acaso, y muy

prudentemente, tratar de limitar sus aspectos más negativos, pero en modo alguno intentar alterar sus fundamentos pues podría traer las peores consecuencias.

**Es inevitable atribuir
al régimen nuclear
el balance de la guerra
y de la paz
en nuestro mundo.**

Los críticos responden a esto constatando que el funcionamiento del régimen nuclear está asociado con una carrera de armamentos ininterrumpida desde su origen y a un comercio internacional de armas creciente. Ambas cosas producen una militarización de la política, multiplican las guerras convencionales y pueden terminar provocando una guerra nuclear. Además, el régimen nuclear no toma en consideración o sacrifica la solución de los problemas derivados del subdesarrollo, se desentiende de la promoción de los derechos humanos, mantiene una jerarquización injusta entre las naciones e impone sus determinantes sobre el control racional de los recursos y la utilización de los mares y del espacio exterior.

Algunos defensores del régimen nuclear —no todos— reconocen que la carrera de armamentos puede llegar a suponer un

riesgo de guerra y que, en todo caso, representa un costo económico que tendría usos alternativos más deseables. Ahora bien —argumentan—, el desarrollo y la

difusión de los armamentos, en el fondo, es consecuencia de dos hechos fundamentales: la existencia de naciones soberanas y el avance y difusión de los conocimientos. Es decir, es el resultado, ni más ni menos, que de dos de las principales fuerzas sociales del siglo veinte: el nacionalismo y la ciencia. Estas fuerzas no van a desaparecer en un futuro previsible y la humanidad tendría que seguir viviendo con «la bomba». A la postre, «la bomba» no puede ser suprimida porque no puede ser «desinventada». A lo único que podemos aspirar es a controlarla. En cuanto a los otros problemas citados —razonan— ninguno de ellos resultará más fácil de resolver si el régimen nuclear se ve conmovido. En ese caso, el riesgo de guerra nuclear volverá a pasar a primer plano.

He intentado ser ecuánime con ambos puntos de vista. Realmente creo que los dos ofrecen argumentos de peso y que, a

este nivel de la discusión, no es fácil optar responsablemente por uno u otro. Pero, al mismo tiempo, no hay mucho terreno intermedio. El contraste difícilmente puede ser más agudo. Concediendo *a priori* buena voluntad a todos —y por supuesto en ambos campos abunda la buena voluntad, aunque no sólo esto— unos piensan que conservando el régimen nuclear se protege a la humanidad y que alterarlo amenaza con las peores consecuencias. Los otros opinan que la persistencia del régimen nuclear terminará conduciendo al desastre y que sólo terminando con él se puede abrir una vía de esperanza para la humanidad. ¿Cómo avanzar en esta discusión?

Tensiones y tendencias del régimen nuclear

Teniendo presentes los cuatro elementos básicos del régimen nuclear que he ci-

tado antes, se pueden apreciar algunas cosas interesantes.

Por ejemplo, parece difícil conciliar el derecho de los Estados al empleo de la

fuerza y la jerarquía nuclear existente hoy en día. Con el fin de lograrlo se estableció un Tratado de No Proliferación Nuclear que consagraba tres clases de países: primero, las superpotencias nucleares —EE.UU. y la URSS— progenitoras y valedoras del tratado; segundo, los otros Estados nucleares, de los cuales sólo el Reino Unido ha suscrito el Tratado; y tercero, los Estados no nucleares, entre los que existen firmantes y no firmantes del Tratado.

El hecho es que mientras la disuasión nuclear sea un factor central de las relaciones internacionales, no resulta extraño que los Estados, además de ser disuadidos, quieran ser también disuasores. Y así, desde 1946 hasta hoy, el inicial monopolio nuclear de los EE.UU. fue quebrado por la URSS, el Reino Unido rompió el duopolio y el oligopolio subsiguiente se ha ido extendiendo a Francia, China, la

La «bomba» no puede ser suprimida porque no puede ser «desinventada».
A lo único que podemos esperar es a controlarla.

India, y este año a Pakistán, con una gran probabilidad de que Israel y Sudáfrica, ocultándolo, sean también miembros del club nuclear.

Actualmente son bastantes los países que están en condiciones técnicas de fabricar armamento nuclear. También son numerosos los que disponen de vectores adecuados para lanzar armas nucleares. Convertirse en una potencia nuclear es cada vez más una cuestión de mera voluntad política. Pero la proliferación nuclear de las dos superpotencias se equilibra mutuamente y este equilibrio resulta estable ya que el potencial destructivo de ambos arsenales es enorme. Pero aunque esto es en gran parte verdad, no lo es del todo ni es toda la verdad al respecto. El esquema disuasivo que viene funcionando desde los años setenta quedó establecido y codificado en los acuerdos SALT y se puede resumir de la siguiente manera.

La «disuasión básica», o disuasión directa entre ambas superpotencias, se basa en tres elementos. El primero es la capacidad mutua de destrucción asegurada (MAD). Esto significa que los arsenales de que disponen las dos superpotencias son capaces de garantizar una represalia nuclear de enorme poder destructivo, aún después de haber recibido un primer golpe nuclear. La capacidad MAD es lo que propiamente podemos llamar equilibrio del terror. Pero no es el único mecanismo en que se basa la disuasión.

Los acuerdos SALT establecieron un segundo elemento que se ha llamado el *overkill*, y que se materializa en el hecho de que las dos superpotencias disponen de arsenales con una capacidad destructiva muchas veces superior a la que teóricamente es necesaria para garantizar una situación de capacidad mutua de destrucción asegurada. El *overkill* dista mucho de ser una mera redundancia morbosa. Está concebido para cumplir al menos

tres funciones: primero, asegurar que cualquier mejora en uno de los arsenales no priva al otro de la capacidad de destrucción asegurada. Segundo, el *overkill* supone que las dos superpotencias se han concedido mutuamente un poder destructivo miles de veces superior al que poseen las restantes potencias nucleares, para de esta forma fortalecer la jerarquía nuclear. Finalmente, al menos en parte, el *overkill* está destinado a cubrir los requerimientos de la «disuasión extendida».

La «disuasión extendida» es el resultado de los acuerdos que cada una de las superpotencias mantiene con naciones aliadas, comprometiendo sus fuerzas nucleares para disuadir cualquier ataque de la otra superpotencia contra estos países. Los casos más claros de «disuasión extendida» están reflejados en los tratados de la OTAN y el Pacto de Varsovia.

El tercer elemento del mecanismo disuasivo que codificaron los acuerdos SALT es la «paridad aproximada» o «equivalencia esencial» de los arsenales de ambas superpotencias. Este factor es militarmente mucho menos importante que la capacidad MAD y el *overkill*. Estos pueden existir sin necesidad de paridad y, de hecho, así ha ocurrido en la mayor parte de la historia nuclear, en la que los EE.UU. han gozado de una clara superioridad sobre la URSS. Sin embargo, la «paridad» juega un papel político de la mayor importancia. Entre las propias superpotencias, el compromiso de aceptar la paridad constituye el signo de que ninguna trata de buscar una ventaja decisiva sobre la otra. No aceptar la paridad, aunque se justifique por razones defensivas, es interpretado como un signo de voluntad agresiva. Frente a sus aliados, cada superpotencia suele presentar la paridad como

garantía mínima de que está en condiciones de cumplir sus compromisos. O visto al revés: ambas superpotencias consideran que de encontrarse en condiciones que

Convertirse en una potencia nuclear es cada vez más una cuestión de mera voluntad política.

puedan ser apreciadas como de inferioridad —aunque realmente esto no sea así en términos militares— la fidelidad de sus aliados puede resentirse. Ustedes habrán

reconocido que este tipo de cuestiones es lo que está en la base de la actual discusión sobre los euromisiles.

MAD, *overkill* y «paridad» son las piezas de la disuasión que realmente existe. Sin embargo, la visión que tiene una gran parte de la opinión pública sobre la disuasión se corresponde más con otra idea, la de «disuasión mínima», en la que el dispositivo disuasivo se reduce a disponer de capacidad MAD, el *overkill* no es necesario y la paridad se establece automáticamente a nivel MAD. Este tipo de disuasión no es el que existe en la realidad, pero sí hay quien lo defiende y su aplicación supondría una reducción importantísima de los arsenales hoy existentes y la congelación de la carrera de armamentos nucleares. Cabe preguntar entonces, ¿por qué no se ha aplicado?, y mejor todavía, ¿puede ser una alternativa positiva a la situación actual?

El argumento de los vendedores de armas

De entrada es fácil apreciar que la «disuasión mínima» resulta poco compatible con la «disuasión extendida», así que su aplicación exigiría importantes cambios en los actuales equilibrios políticos y militares. Por otra parte, la ausencia de *overkill* en teoría puede abrir la posibilidad de que un avance tecnológico en uno de los bandos anule la capacidad de destrucción asegurada del otro y desmonte el dispositivo disuasivo. Pero el argumento que en la práctica y en los hechos históricos se ha revelado decisivo contra la idea de «disuasión mínima» es el siguiente.

Si la disuasión consiste en inhibir ciertas actitudes del contrario en base a la

Un armamento que no sea adecuado para combatir una guerra nuclear con posibilidades de prevalecer, malamente puede ser eficaz para disuadirla.

amenaza de replicar con el empleo de armas nucleares, el empleo de estas armas debe ser creíble. Y para que resulte creíble, estas armas no sólo deben ser adecua-

das para disuadir sino que además, llegado el caso, también deben ser adecuadas para combatir una guerra nuclear con posibilidades de prevalecer en ella. En breve y al revés: un armamento nuclear que no sea adecuado para combatir una guerra nuclear con posibilidades de prevalecer, malamente puede ser eficaz para disuadirla.

El punto crítico reside en que el tipo de armamentos y sistemas defensivos que resultan más adecuados para disuadir no son necesariamente los más adecuados para combatir una guerra nuclear con posibilidades de prevalecer tras el combate. De hecho ocurre más bien lo contrario.

No creo necesario detenerme a explicarles que el argumento anterior es el favorito de los vendedores de nuevos sistemas de armas. La réplica que suele dársele consiste en señalar que carece de sentido cualquier especulación sobre los problemas que plantea combatir una guerra nuclear y mucho más considerar la posibilidad de prevalecer en ese combate. ¿Quién tiene razón?

Aun a riesgo de escándalo tengo que decir que, en mi opinión, el argumento de los vendedores de armas es el válido. Si se molestan en estudiarlo comprobarán que, lógicamente, es impecable. Además, la premisa en que se apoya —«una guerra nuclear puede combatirse con resultados diferentes según el grado de preparación de que se disponga»— es la evidencia misma, salvo que el resultado de esa guerra signifique, necesariamente, «el final».

¿El fin de la humanidad?

Cada día está más extendida la idea de que el desenlace de una guerra nuclear sig-

nificaría el fin de la humanidad. Hay una razón para ello, pues se propaga con la voluntad de hacerla imposible, de evitarla. Pero esta buena intención no garantiza que la idea sea cierta. En este extremo —que adivino polémico— quisiera ser especialmente claro.

Los efectos de una guerra nuclear, en cualquier hipótesis razonable sobre el desarrollo de esta guerra, son de tal naturaleza que ningún objetivo político puede justificarla. Dicho de otra forma, después de la guerra cualquiera de las dos partes estaría en una situación muchísimo peor que antes de comenzarla, por mala que esta fuera. Pero de esto ni se desprende que la guerra nuclear sea imposible, ni que sus resultados sean «el final de la humanidad», ni que ambos lados queden igual de mal después de la guerra.

Con los arsenales actuales, en un conflicto nuclear al máximo nivel, el resultado sería la desaparición de la civilización tal y como la concebimos en el mundo industrializado. Se produciría algo así como un retroceso de 1.000 años en la historia y un gravísimo deterioro del medio natural. Pero esto no es «el fin». Ni el fin de la humanidad, de hecho sobrevivirían entre dos tercios y cuatro quintos de los actuales habitantes de la Tierra —es decir, entre 2.500 y 3.200 millones—, ni el fin de la vida —plantas y animales son más resistentes que el ser humano a los efectos de una guerra nuclear—, ni el fin del planeta. Si el intercambio nuclear en cuestión se produce a un nivel más limitado, los resultados seguirían siendo horribles, pero menos horribles.

Quisiera añadir que todo lo anterior es una apreciación científica y fundamentada, establecida desde el punto de vista de la humanidad como un todo. Pero, por supuesto, la destrucción y la muerte no se repartirían uniformemente, aunque nadie quedaría indemne. Por ejemplo, para paí-

ses como EE.UU. y la URSS, o China —por razones de extensión, población, materias primas y otras—, los efectos serían relativamente mucho menos graves que para cualquier país de Europa Occidental u Oriental. De hecho, para que desaparezca la República Federal Alemana como nación industrial moderna basta explotar en su territorio una mínima parte de las armas nucleares tácticas que allí se encuentran instaladas. Y para liquidar lo que llamamos, quizá con un hueco orgullo, «la civilización europea», ni siquiera es necesario recurrir a los arsenales centrales de las superpotencias; con las armas nucleares de teatro sobra. Excuso decir que lo anterior da pie a apreciaciones muy distintas sobre el riesgo de guerra nuclear, desde diferentes marcos nacionales, aunque se trate de naciones que sean aliadas. Esto explica muchas cosas de las relaciones entre Europa Occidental y EE.UU. y muchos problemas de la OTAN. Pero este

es otro tema.

Los efectos de una guerra nuclear son de tal naturaleza que ningún objetivo político puede justificarla.

Disuasión y combate

Lo que quiero dejar establecido, para completar mi opinión sobre el funciona-

miento de la disuasión nuclear, es que las apreciaciones que realmente han prevalecido a lo largo de la historia nuclear siempre han contado con la posibilidad de que la disuasión fallase y siempre han tenido en cuenta lo que habría que hacer en ese caso. Por eso no existe hoy un dispositivo de «disuasión mínima», sino otro muy distinto que no sólo está pensado para disuadir, sino también, llegado el caso, para combatir una guerra nuclear con posibilidades de prevalecer en ella.

La historia de la carrera de armamentos y de las doctrinas militares en la era nuclear es, en gran parte, la historia de las respuestas a una pregunta: ¿qué pasa si la disuasión falla? Y hay que reconocer que, mientras la política mundial tenga una de sus bases principales en la disuasión, es poco menos que imposible eludir las respuestas a esta pregunta.

No es necesario recurrir a ningún tipo de juicio previo sobre el carácter «agresivo» o «defensivo» de la política de cada una de las superpotencias para explicar la carrera de armamentos. Tampoco se explica ésta solamente en base a los importantes intereses económicos, políticos y administrativos que se nutren de ella. La carrera de armamentos surge de una lógica intrínseca en cualquier sistema de seguridad basado en la disuasión nuclear, y es esta lógica la que da cuenta de que lo que llamamos dispositivo de disuasión nuclear sea, al mismo tiempo, un dispositivo de combate nuclear. Investigación, selección de sistemas de armas, despliegue de los mismos, política de blancos, medidas de protección y, en general, doctrinas nucleares han sido desde su origen el resultado de una serie de decisiones, en parte orientadas a evitar la guerra nuclear y en parte orientadas a librarla y ganarla.

Hoy existe documentación oficial, norteamericana al menos, que lo demuestra sobradamente. Veamos solamente un ejemplo. Cuando se adopta una política de blancos —*targeting policy*— en la que los misiles de un bando apuntan a los misiles del otro, es porque se contempla la posibilidad de disparar los misiles propios antes de que el enemigo haya disparado los suyos. De no ser así resultaría una política absurda, pues esos misiles encontrarían sus blancos vacíos. Políticas de este tipo, llamadas *counterforce*, hace muchos años que están adoptadas en ambos bandos. Por citar lo que se conoce mejor, cerca de la mitad de los 40.000 blancos nucleares contemplados en el SIOP-5D (1980) —me refiero al Plan Operacional Integral Unico para la guerra nuclear de los EE.UU.— son blancos *counterforce*. La filosofía soviética es paralela.

¿Significa esto que se está preparando una guerra nuclear? No necesariamente, y desde luego yo no lo creo. Pero lo que sí significa es que cada bando piensa que la mejor manera de evitar una guerra nu-

clear consiste en que él se encuentre en condiciones de librarla y ganarla. De este modo —piensan— el otro bando no la empezará nunca. Pero si el adversario piensa igual, el resultado es una continua carrera de armamentos en la que sucesivamente uno impide que el otro alcance su objetivo y que hace que la seguridad de ambos, y de todos, disminuya. Así vienen funcionando las cosas desde hace mucho tiempo, y toda evidencia histórica pone a prueba que este fenómeno acompaña necesariamente a todo planteamiento de seguridad basado principalmente en la disuasión.

¿Cuál es la situación actual?

La pregunta más frecuente al tratar de cuestiones nucleares suele ser: ¿cuál es el balance entre los arsenales de ambas superpotencias?, ¿quién tiene ventaja? Suele considerarse que ésta es una pregunta susceptible de respuesta precisa y objetiva. Pero, sin embargo, esto no es así.

La dificultad no consiste en conocer los números de los diferentes sistemas de armas de cada lado. Sus cifras y sus características —potencia explosiva, precisión...— son conocidos y plantean poca polémica. Pero comparar estos números puede resultar de muy poca significación para evaluar el resultado de una hipotética guerra. Por ejemplo, aunque ambos lados tengan los mismos números, si por alguna razón el primero puede destruir las armas del otro con un primer golpe y el segundo no es capaz de hacer lo mismo, es evidente que ni hay equilibrio ni hay disuasión. También es necesario, pues, conocer los lugares de emplazamiento, a qué blancos apuntan los diferentes sistemas de armas y qué condiciones de vulnerabili-

dad presentan. Pero incluso cuando se tiene en cuenta todo esto, lo que ocurre es que cada arsenal presenta algunas ventajas y desventajas respecto al otro y la eva-

**Lo que llamamos
dispositivo de disuasión
nuclear es, al mismo tiempo,
un dispositivo
de combate nuclear.**

luación de estas diferencias escapa a toda estimación objetiva ya que requiere juicios sobre las intenciones del adversario.

Prefiero no introducir números en este texto, pero citaré las comparaciones básicas entre los actuales arsenales centrales de los EE.UU. y la URSS, para aclarar lo anterior. Si se comparan los números de lanzadores resulta que la URSS dispone de una ventaja del 25 por cien. Sin embargo, los EE.UU. tienen un 26 por cien más cabezas lanzables que la URSS. Pese a eso, el poder destructivo de objetivos medios —megatonaje equivalente— de las cabezas nucleares de la URSS es un 63 por cien mayor que el de los EE.UU. Pero las cabezas norteamericanas tienen mayor capacidad de destrucción del arsenal de la URSS que las cabezas soviéticas del arsenal americano. Este lío se debe a los distintos niveles de precisión de unos y otros sistemas de armas; a que las cabezas nu-

cleares americanas y soviéticas de igual poder explosivo pesan distinto; a que el arsenal de la URSS se concentra mucho en los ICBMs y poco en los bombarderos,

mientras que el de EE.UU. es especialmente fuerte en submarinos; y otras muchas razones.

¿Quién tiene ventaja? En términos militares esta pregunta sólo puede encontrar respuesta si se precisa previamente «ventaja, ¿para qué?». Es decir, si se concreta un escenario de guerra, y aquí entran necesariamente en juego los juicios de intenciones sobre el adversario. Una misma decisión puede representar una medida defensiva desde un punto de vista y ofensiva desde otro. No hay criterios objetivos para poder decir que algo es puramente ofensivo o defensivo. Además las propias necesidades de defensa de cada superpotencia son diferentes a las de la otra, por su situación geográfica, por la distinta concentración demográfica e industrial, por tener aliados distintos, etc. Por si fuera poco, militarmente hablando siempre

queda abierta otra cuestión: ¿de qué valen las cifras de misiles, cabezas, megatonos si, por ejemplo, cinco minutos después de iniciarse el combate fallan los sistemas de mando y comunicaciones imprescindibles para dispararlos? También hay que analizar, pues, cuál es la capacidad de supervivencia de estos sistemas en ambos lados. Al final de esto cualquier pretensión de objetividad y de precisión en las respuestas resulta insostenible.

He citado todo lo anterior simplemente para poner de manifiesto que en la inmensa mayoría de los casos las opiniones que señalan rotundamente que éste o aquél tiene ventaja están muy lejos de ser objetivas o de fundarse en consideraciones militares. Normalmente son juicios con intenciones políticas o económicas.

La respuesta más operativa y la más objetiva que puede ofrecerse hoy respecto al

Las opiniones que señalan rotundamente que éste o aquél bloque tiene ventaja están muy lejos de ser objetivas.

balance de los arsenales centrales, es que ambos son sobradamente poderosos para que ninguna de las diferencias en un sentido u otro que aparecen en los diversos índices de medida represente una ventaja militar significativa. Ni siquiera el hecho, cierto y repetido, de que la URSS pueda destruir hoy un porcentaje de ICBMs americanos superior al porcentaje de ICBMs rusos que pueden destruir los EE.UU., implica un desequilibrio militar, pues en el arsenal americano los ICBMs representan una parte mucho menor que en el arsenal ruso.

En cualquier caso, después de recibir un ataque nuclear, en ambos lados, el número de ICBMs y bombarderos nucleares que sobrevivirían junto con los misiles situados en los submarinos que, hoy por hoy, son invulnerables, podrían ser disparados por unos sistemas que garantizan al menos funcionar para dirigir una primera réplica. Así pues, con los misiles actuales la disuasión básica está asegurada.

Debido a que entra en juego una variedad de sistemas de armas mucho mayor, la argumentación paralela referida a la disuasión extendida a Europa resultaría ca-

La disuasión extendida a Europa está asegurada incluso sin recurrir a los arsenales centrales de EE.UU.

suística y pesada de desarrollar. Pero el resultado final —en mi opinión— es igualmente claro: la disuasión extendida a Europa está asegurada incluso sin recurrir a los arsenales centrales de EE.UU. Esto significa que desde un punto de vista europeo puramente dispositivo no existe ninguna razón militar que haga necesario el despliegue de los misiles Pershing II y Crucero. Lo que sí existe es un problema político: la URSS posee en estos momentos una superioridad numérica en sistemas de armas INF —de hecho la viene teniendo desde hace cerca de veinte años—, y aunque esto no represente una ventaja militar significativa, sí está causando en nuestros días un problema político serio.

En Ginebra existe la posibilidad de solucionar este problema. El área en que el acuerdo puede resultar viable creo que ya está muy delimitada: se trataría de establecer «una cierta paridad» en el número de sistemas INF —quizá teniendo en cuenta también algunos otros sistemas— mediante la reducción de los SS-20 soviéticos y sin desplegar los Pershing II. Fuera de esta línea no me parece nada probable que puedan obtenerse acuerdos. Si se alcanza un acuerdo, por razones de clima político y también por requerimientos técnicos, sería muy probable que también se llegara a acuerdos en las conversaciones START, y quizá todo esto desbloquee las negociaciones de Viena sobre armas convencionales. Se crearán entonces condiciones favorables para que la futura Conferencia de Desarme Europeo en Estocolmo defina medidas de promoción de la seguridad y la confianza en Europa y, en general, para que la distensión vuelva a pesar más en la vida política internacional.

¿Hacia dónde corremos el riesgo de avanzar?

Pero, desgraciadamente, en los presentes momentos nada garantiza y ni siquiera

indica que ese acuerdo vaya a producirse. Si no hay acuerdo, no resulta difícil prever algunas cosas importantes que comenzarán a producirse.

En primer lugar, el fracaso de las negociaciones INF, por las mismas razones políticas y técnicas que he invocado antes, producirá el bloqueo de las negociaciones START, de las de Viena y la imposibilidad de que la Conferencia de Estocolmo pueda dar ningún paso práctico. De hecho representará un fracaso de la experiencia de control de armamentos y un golpe a la política de distensión que se proyectará al menos sobre el resto de la década, mientras se implementan los nuevos programas de armas.

Lo anterior significa que el régimen nuclear volverá a funcionar apoyándose sobre todo en la disuasión. Pero se tratará de una mecánica disuasiva algo distinta a la que hemos analizado que era la de los acuerdos SALT. De hecho el espíritu de estos acuerdos terminará de evaporarse y es posible que su propia letra sea sobrepasada. Ni que decir tiene que la posibilidad de llegar a tratados de prohibición completa de pruebas nucleares y la desmilitarización del espacio desaparecerá.

Más en concreto, se puede decir que la nueva disuasión romperá definitivamente con la regla de la «paridad aproximada». El compromiso de mantener esta paridad será abandonado, y aunque ello no suponga de inmediato cambios importantes en los equilibrios militares, sí tendrá efectos políticos graves. La percepción mutua de intervenciones entre las grandes potencias tomará formas agresivas.

Otra consecuencia del fracaso de las conversaciones de Ginebra que no resulta nada arriesgado predecir es que la fre-

cuencia de las situaciones de crisis internacional crecerá en los próximos años. Si la distensión se apaga, los numerosos conflictos hoy existentes y otros nuevos darán base para numerosas crisis. Recuerden que la disuasión no elimina conflictos. Lo que sí hace es inclinar toda la política mundial del lado militar. Una importante manifestación de esto será el aumento de los presupuestos militares en la mayoría de los países y un comercio internacional de armas creciendo a un ritmo todavía más acelerado que el actual. A su vez, esto aumenta la probabilidad de que las crisis adopten formas bélicas convencionales y hará crecer los compromisos disuasivos que dejan en la ambigüedad la posibilidad de empleo de armas nucleares, con el fin de utilizar esta baza en un juego diplomático que cada vez estará más nuclearizado.

Todo lo que acabo de citar es ya realidad en parte. La administración americana no comparte el esquema disuasivo que ha heredado y manifiesta su intención de cambiarlo. Los programas y presupuestos para nuevos armamentos están presentados y en parte aprobados. No sólo en EE.UU. (MX, TRIDENT-II, B-1, STEALTH, misiles crucero de largo alcance y otros), también en Reino Unido (TRIDENT-II), Francia y otros países occidentales. Los programas soviéticos y del Este no se conocen, pero nadie duda de que se aplicarán, y así lo han dicho los máximos responsables de la URSS. Ya está en pie una fuerza de intervención rápida americana capaz de actuar en cualquier parte del mundo. La OTAN se ve solicitada para ampliar su campo de intervención más allá de lo establecido en el tratado original. Desde que escribí estas páginas hasta hoy se han producido una nueva guerra en el Líbano, el derribo del avión

coreano por la defensa soviética, combates navales y aéreos en Nicaragua, una intervención francesa en la guerra del Chad. La retórica que propaga percepciones

**La disuasión
no elimina conflictos
pero sí inclina toda la política
mundial del lado
militar.**

agresivas hace tiempo que es la tónica de la administración Reagan. En la hipótesis que estamos analizando estos fenómenos tenderán a multiplicarse. Pero, además, se producirá una cosa nueva.

La inestabilidad estratégica

La implementación de los programas de modernización de sistemas de armamentos aprobados por los EE.UU. y la OTAN, y con toda probabilidad el desarrollo de programas paralelos por parte de la URSS, producirán los siguientes efectos: 1) incrementar el *overkill*, y 2) disminuir el nivel de mutua destrucción asegurada.

Esto, que puede parecer una paradoja, se explica en base a que la principal característica de los nuevos sistemas de armas es una precisión mucho mayor. En los actuales sistemas, la precisión es del orden de los centenares de metros. En los próximos, con técnicas de guiado a medio curso y guiado terminal, llegará a ser de decenas de metros.

Esta mayor precisión se irá traduciendo en un incremento de la vulnerabilidad de los arsenales de ambas superpotencias. El único camino que puede impedir en lo inmediato este aumento de la vulnerabilidad exigiría multiplicar el número de ICBMs, y esto supondría vulnerar los acuerdos SALT. Al final de la década, si se han desplegado por completo los nuevos sistemas de armas previstos, los ICBMs de ambas superpotencias tendrán unos índices de vulnerabilidad casi del 100 por cien. Esto no significa que la capacidad mutua de destrucción asegurada vaya a desaparecer. Con toda probabilidad los submarinos nucleares continuarán

siendo altamente invulnerables y representarán una capacidad de represalia que mantendrá la situación MAD, aunque a un nivel quizá más bajo que ahora.

Pero la vulnerabilidad de los ICBMs situará a los arsenales de ambas superpotencias en una relación de capacidad destructiva/vulnerabilidad tal que el que dispare primero dispondrá de una gran ventaja en términos militares. Esto es nuevo y esto no ocurría antes.

La combinación de unas condiciones de capacidad/vulnerabilidad que dan ventaja a quien dispara primero, con la percepción de tendencias agresivas en el adversario, dibuja una situación a la que se le da el nombre de «inestabilidad estratégica». Si existiendo «inestabilidad estratégica» se plantea una situación de crisis, el resultado es que hay que tomar urgentemente una decisión sobre «ir o no ir a una guerra nuclear».

Es posible entonces que en los próximos años los centros de decisión de ambas superpotencias tengan que considerar la eventualidad de ir o no ir a la guerra nuclear en varias ocasiones. Esto no es nuevo, pues semejante decisión se ha contemplado ya unas cuantas veces en la historia nuclear. Lo nuevo es que en las próximas ocasiones habrá que tomar la decisión «urgentemente».

Un escenario posible

Puede ser ilustrativo ejemplificar todo lo anterior con un escenario de guerra nuclear que se cita en el libro *Living with Nuclear Weapons*, del Grupo de Estudios Nucleares de Harvard, en el que figuran Stanley Hoffmann, Samuel Huntington y otras figuras notables del *stablishment* americano. No son pacifistas, ni apoyan la propuesta de *freeze*, ni están contra la doble decisión de la OTAN. El escenario que presentan de forma novelada es el siguiente:

«El 2 de agosto de 19.. ninguno de los dirigentes de Washington sabía que esta-

ban a punto de iniciar una guerra nuclear. Algunos años antes, el Premier soviético Breznev había advertido a EE.UU. que si la OTAN desplegaba los misiles Pershing II y Crucero en Europa Occidental, la URSS “tomaría medidas para situar al otro lado, incluidos los propios EE.UU. y su territorio, en una posición análoga”. A finales de julio, los satélites de inteligencia americanos habían detectado que un carguero soviético estaba desembarcando misiles crucero en suelo cubano, y el primero de agosto el Premier Andropov anunció que solamente retiraría los misiles si la OTAN retiraba los que había desplegado.»

«El único miembro superviviente del Consejo Nacional de Seguridad informó después que el Presidente había tomado la decisión de atacar los muelles cubanos y el barco soviético durante la noche. “No te-

**En la actualidad,
el que dispare primero
dispondrá de una gran ventaja
en términos
militares.**

níamos otra opción —dijo. En unos pocos días esos misiles —que no sabíamos cuántos eran— habrían sido dispersados a lo largo y ancho de Cuba. La alerta nu-

clear sólo trataba de ser una señal de nuestra posición de fuerza.»

«Este no fue el punto de vista de Moscú. Dos oficiales del *staff* soviético que sobrevivieron contaron que el Politburó había sido informado de que los americanos estaban a punto de lanzar un ataque nuclear. El jefe de la KGB dijo al Politburó que si los americanos lanzaban primero, casi la totalidad de los ICBMs soviéticos serían destruidos y, eventualmente, morirían más de cien millones de ciudadanos soviéticos. Pero si el arsenal soviético era empleado inmediatamente para destruir las fuerzas nucleares americanas y los centros de mando, las bajas después de la represalia probablemente “sólo” se situarían entre 10 y 20 millones. También dijo que existía una pequeña probabilidad de que un ataque preventivo pudiera “decapitar” al gigante americano y que no se produjera represalia.»

«Estaba equivocado. Los rusos creyeron que la guerra era inevitable y por desesperación y miedo dispararon primero. Treinta y cinco millones de americanos

Si las conversaciones de Ginebra fracasan, correremos el peligro de «una guerra nuclear no deseada».

murieron inmediatamente. La represalia quizá resultó algo menor que el primer golpe que temían los soviéticos, pero de todas formas mató a veinticinco millones de rusos.»

Los autores se preguntan si un escenario de guerra preventiva como éste es plausible. Contestan que, aunque es imposible dar una cifra de probabilidad, la posibilidad de que en una crisis aguda y aparentemente irresoluble los soviéticos o los EE.UU. lancen sus armas nucleares en primer lugar, con pleno conocimiento de que muchos de sus ciudadanos morirán, pero temiendo una situación de bajas mucho peor si el otro lado ataca primero, es real. «Se trataría de una decisión desesperada —dicen— pero es una decisión posible.»

Ahora bien, esta posibilidad es racionalmente nula si no existe una situación de «inestabilidad estratégica». En la crisis de los misiles cubanos de 1962, los EE.UU. no obtenían ninguna ventaja si disparaban primero. En las futuras crisis quien dispare primero tendrá ventaja. Por eso habrá que decidir urgentemente. Y cuando se decide urgentemente en situaciones de crisis, todos los estudios hechos hasta el momento coinciden en señalar que se tiende a sobrevalorar las amenazas y a simplificar las alternativas.

No quisiera que al contar este escenario les pueda dar la impresión de que estoy pronosticando una guerra inevitable. Esto no es cierto. Lo único que sostengo seriamente es: 1) que estamos en una situación de «inestabilidad estratégica» incipiente; 2) que si las conversaciones de Ginebra fracasan, la «inestabilidad estratégica» se irá agudizando a lo largo de los años 80; 3) que en estos años lo más

probable es que aumente la frecuencia de las crisis internacionales; 4) que en algunas de estas crisis, ambos lados tendrán que considerar y decidir «urgentemente»

si van o no van —si «vamos»— a la guerra nuclear; y 5) no lo olvidemos, que a la vuelta de los años 90 nos espera un grave problema de proliferación nuclear horizontal que se sumará a los anteriores. Más allá de este punto me parece que cualquier consideración resultaría casi puramente especulativa. Pero, desgraciadamente, no es necesario entrar en especulaciones pesimistas para comprender que la perspectiva más probable que se nos abre resulta fea, grave y por demás preocupante.

El peligro que nos amenaza no es, en mi opinión, el de una guerra nuclear sinientemente premeditada por alguien. Creo que ninguna de las superpotencias trabaja para ésto. Tampoco ambas superpotencias se esfuerzan seriamente por evitarlo. Sin embargo, si las conversaciones de Ginebra fracasan, se abrirá un peligro real, serio y nuevo, el de «una guerra nuclear no deseada», el de «una guerra nuclear por malentendidos». La realidad increíblemente sarcástica de este hecho quizá es la más dura crítica al sistema nuclear en que vivimos.

Concluyo. He tratado un tema que requiere seriedad y rigor. Pero creo que también requiere definición personal y compromiso. La más sólida esperanza de evitar esta perspectiva se encuentra en el desarrollo de una corriente de opinión pública mundial —en el Este y el Oeste, en el Norte y en el Sur— que le cierre el paso. Una corriente de opinión que no esté dominada ni por la demagogia, ni por los intereses encubiertos orientados u otros objetivos. Creo que tendrá que ser una corriente de opinión amplia pero, además, de un rigor intelectual y moral quizá desconocido hasta la fecha.

Un Congreso como éste puede contribuir mucho a desarrollar esa opinión y a darle rigor ético y moral. En este orden yo personalmente poco podía hacer. Por eso todo mi objetivo ha sido aportar un mínimo de rigor científico. Algo que suele re-

sultar muy frío. Gracias por habérmelo permitido.

Ponencia al III Congreso de Teología. «Los cristianos y la paz». Madrid. Septiembre de 1983.